

Dr. Gustavo Mujica

La actividad sexual en el hombre



Sé éste un tema difícil de abordar, dado el hecho de que las fuentes de información dignas de fe en cuanto a la conducta sexual del varón normal son prácticamente nulas en nuestro medio. A este respecto queremos destacar que en la investigación de Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin sobre la conducta sexual del varón, efectuada en EE. UU., se obtiene una extraordinaria cantidad de datos, indudablemente auténticos, conseguidos por el sistema de encuestas personales. En este trabajo los datos expresados en cantidades numéricas y curvas estadísticas, fueron posibles, gracias a un ambiente psicológico bastante distinto al nuestro. Entre nosotros, por factores de tradición cultural y por la mentalidad por ella creada, existen grandes inhibiciones y prejuicios en relación a todo aquello que se refiere a lo sexual. No es posible extraer conclusiones del interrogatorio de sujetos normales, puesto que aún antes de iniciarlo, dudaríamos de la veracidad de los hechos.

Por las razones anotadas, lo que presentaremos se basa principalmente en la experiencia personal que como psiquiatras hemos obtenido del contacto con los neuróticos. Por la modalidad de tratamientos y contactos personales con dichos pacientes, los datos en cuanto a su actuación sexual poseen un gran por-

centaje de veracidad. Por otra parte, sólo en casos muy extremos de afección neurótica podríamos considerar que la experiencia sexual se aparta de aquella del hombre normal.

Previamente, debemos ponernos de acuerdo en cuanto al significado que atribuiremos a la palabra «sexual». En lenguaje corriente se confunde esta expresión con lo genésico o genital. Nosotros usaremos el término sexual identificándolo con la llamada *libido* de Freud. Podríamos definirlo como aquella fuerza potencialmente creadora, basada en los impulsos de reproducción y expresada en el hombre en muy diversas resultantes psíquicas.

El prejuicio existente hasta antes de las investigaciones de Freud de que los impulsos sexuales sólo se revelaban en el hombre al llegar su madurez orgánica, creemos que ha sido definitivamente liquidado. Es imposible hoy pretender que el ser humano, como conjunto de células vivas, pueda estar excluído durante un largo período de impulsos propios de lo más íntimo de la sustancia viva. El niño, en los primeros días de vida es un ente primordialmente orgánico y cuya expresión psíquica es comandada por los impulsos nutricios. Se puede bien afirmar que su vida gira alrededor del eje del tubo digestivo. Lo de primer plano en esta época son los impulsos orales. Intimamente ligados a ellos aún y con ellos confundidos, existen los impulsos de la *libido*, expresados naturalmente en forma muy distinta a los del adulto.

No es difícil explicarse este aserto si recordamos que como principal órgano de contacto con la realidad circundante, así como más importante medio de obtención de placer o displacer, existe en el niño el sentido oral, será este sentido el que estará asociado en forma indeleble al resto de los impulsos, así como a la experiencia obtenida sensorialmente.

El niño es, pues, un organismo que, como tal, es comandado principalmente por los impulsos instintivos. Sin embargo, hecho insólito dentro de la naturaleza, es un ente capaz, desde casi

los momentos mismos en que nace, de adquirir experiencia individual. Afirmamos que es éste un nuevo acontecer en la naturaleza, puesto que en todo otro animal que no en el hombre, la experiencia para la adaptación biológica es primordialmente específica, hereditaria, y sólo tiene un muy pequeño margen de variación individual. Esta experiencia específica está basada en mecanismos biológicos como los tropismos, reflejos absolutos e instintos, todos los cuales presumiblemente se basan en arquitecturas orgánicas de carácter hereditario y que se expresan en el ambiente en forma más o menos mecánica y, como afirmamos, con muy pequeñas posibilidades de variación según las fluctuaciones del ambiente. Si bien es cierto existen los reflejos condicionados, éstos no constituyen en el animal una fuente importante de experiencia.

La posibilidad de adquirir experiencia en el ser humano, se encuentra, como hemos dicho, desde los primeros contactos con el ambiente circundante. Este ambiente está constituido básicamente por elementos de tipo social, vale decir, por los componentes del núcleo familiar. Vale la pena destacar este hecho pues es quizás el más importante dentro de la estructura primaria de nuestra psiquis. El influir de la realidad social circundante dentro del psiquismo humano y la capacidad de extraer experiencia de ella es lo que le da un sello particular a aquél.

Los impulsos instintivos más primarios (sexuales y agresivos) se ven transformados, desplazados, por los requerimientos de la vida social. El hombre como especie es un ente de gran debilidad biológica frente a la naturaleza, por lo que su posibilidad de adaptación vital hubo de buscar nuevos rumbos: la agrupación en sociedad y el empleo de la inteligencia. Es así como en esta adaptación evolutiva los instintos individuales se vieron constreñidos por el freno social y hoy se nos aparecen moviéndose en un plano fundamentalmente simbólico y muy elejado en ocasiones de la finalidad primitiva. En las manifestaciones sexuales del hombre contemporáneo es donde más claro se ve

este hecho. Recordemos a este propósito la prolongada experiencia constrictiva que la humanidad ha sufrido en relación a los impulsos sexuales; durante generaciones se los ha destacado como lo peyorativo del hombre, como el subsuelo o como lo idéntico a la bestia encerrada dentro de este semidiós que creía ser el hombre. El prejuicio del origen divino de la especie o su equivalente contemporáneo de la absoluta separación de éste del resto de los animales, se ha roto definitivamente, y más que roto, diríamos, liquidado, puesto que ya no sólo se nos aparece el hombre como semejante a los animales en su expresión orgánica, sino también (territorio prohibido) en sus manifestaciones psíquicas, vale decir, espirituales.

Explicados previamente estos conceptos entraremos en materia, analizando la actividad sexual del hombre.

Según lo ya dicho, el ser humano posee impulsos sexuales desde su más remota infancia. Hemos también afirmado que éstos se manifiestan entrelazados e imbricados con los impulsos nutricios, poseyendo ambos un común denominador cual sería asociarse a sensaciones de placer o displacer y constituyendo poderosos motores de nuestra actividad consciente e inconsciente. El niño en su primera infancia aprende la realidad circundante a través de los órganos de los sentidos por percepciones asociadas en su iniciación principalmente con el sentido oral. Es éste también quien extrae satisfacciones del ambiente, además de conocimientos, asociadas a satisfacciones de los impulsos nutricios especialmente en relación al pecho materno. Esta fijación oral de la libido se mantendrá potencialmente en el ser humano por toda su vida y se expresará más intensamente en los momentos pasionales. En el hombre adulto las manifestaciones orales de la sexualidad que van desde el simple beso hasta la succión, son prácticamente normales, pues aparecen en un casi 100% de los casos.

Durante la primera infancia las manifestaciones de la libido se mantienen casi exclusivamente en este nivel. A medida que

hace su aparición la conciencia y por ende el conocimiento de los hechos sociales y sus restricciones, aparecen los sentimientos de vergüenza y pudor creados por los requerimientos de la vida social. Es así como el niño reprime la hasta ahora libre manifestación de sus impulsos sexuales; se llega a la edad en que aparentemente hay una completa y absoluta «inocencia» de los hechos de la libido. Además de las manifestaciones orales, aparecen en la primera infancia otra serie de expresiones menos importantes de la sexualidad: así son frecuentes las maniobras masturbatorias de una u otra índole que no tienen en sí gran importancia, pues se deben por un lado a la curiosidad o descubrimiento del propio cuerpo así como a una localización difusa epitelial de las sensaciones eróticas.

Durante parte de la segunda infancia y de la pre-adolescencia, existe el llamado período de represión, durante el cual las expresiones de la sexualidad son prácticamente nulas u ocurren en un terreno simbólico. En nuestro medio, la masturbación aparece como un acontecimiento normal durante la pre-adolescencia (9 a 11 años). Afirmamos que es un aspecto normal de la sexualidad dado que aparece en más del 90% de los hombres normales. Sus caracteres de anormalidad, los proporciona no tanto su frecuencia o intensidad como el hecho de las características que posea (en grupo o como maniobra de tipo homosexual) y de su persistencia más allá de los años en que una heterosexualidad es normal.

La aparición de la vida heterosexual es de un análisis algo más complicado, puesto que depende en gran parte de las posibilidades del medio ambiente; está íntimamente ligada a factores de tipo cultural, económico y de tradición de grupo.

Según lo que hasta ahora conocemos, la masturbación se prolonga un poco más allá de sus límites corrientes en los grupos sociales más dados a los devaneos intelectuales, es decir, entre la clase media y parte de la alta. En cambio, en la clase de menor índice económico, por razones de promiscuidad y desinhibición,

las relaciones sexuales se inician precozmente. Existe en este sentido un cierto primitivismo que hace ir al individuo muy directamente al objeto sexual. Por otra parte, la virilidad psíquica en sus equivalentes de independencia económica, responsabilidad y liberación de los padres, se produce mucho más precozmente en el grupo social que rápidamente requiere de su trabajo para subsistir. En las capas sociales, en cambio, que por tradición y estructura económica canalizan sus energías hacia actividades intelectuales por un margen que alcanza la madurez, estos factores se presentan tardíamente, pues están obligados a depender económica y culturalmente de los padres, lo que inhibe su plena realización sexual. Es así como en la clase media intelectual la masturbación se prolonga algo más, se hacen frecuentes los desplazamientos de la libido hacia un terreno artístico sentimental y la plena realización sexual es tardía, reemplazándose en la relación heterosexual por un mayor contenido emocional o mayor cantidad de caricias y maniobras paragenéticas.

En el análisis de la vida sexual de nuestro medio, y en especial de la capa a la que pertenecemos, parte importante constituye la primera o las primeras realizaciones sexuales. En un enorme porcentaje éstas se hacen en un ambiente muy poco propicio psíquicamente. Por los factores antedichos y por razones de mentalidad de la clase media, el adolescente experimenta el despertar de su apetito heterosexual en un clima de represión y prejuicios. Los deseos, para él inconfesables, que experimenta, sufren o una inhibición brutal y despiadada o una exaltación francamente patológica de la propia curiosidad. El mismo criterio de ocultamiento o represión ha creado tantas y tan horrorosas leyendas a propósito de la masturbación, que el adolescente se ve impulsado a luchar denodadamente contra el llamado «vicio solitario» y a obtener la realización del acto sexual como quiera que sea. Se ve pues obligado a recurrir a la prostitución con todo lo de sórdido que ella tiene; enfrenta este am-

biente con timidez y grandes sentimientos de culpa, pues, además de las feroces represiones psíquicas, existe el temor legendario y misterioso de las enfermedades venéreas. En estas condiciones, los primeros contactos sexuales son en general para el hombre contemporáneo de nuestro medio lo menos propicio para un buen saneamiento psíquico.

Con posterioridad a las primeras experiencias sexuales, lo corriente es que la vida erótica se desenvuelva en un plano de disconformidad e insuficiencia, persistiendo la masturbación con todos los sentimientos de culpa que crea, alternando con experiencias sexuales desagradables, ocasionales o prostituídas. Por fortuna, existen mecanismos psíquicos de compensación que, como hemos dicho, hacen sublimarse los impulsos sexuales desplazándolos hacia terrenos más elevados. El hombre de nuestro medio aguarda ansiosamente la independencia económica que le permitirá «solucionar» sus problemas en este sentido con el matrimonio; demás está decirlo que, si bien puede ser una solución inmediata en el terreno orgánico, no es ni será nunca una solución desde un punto de vista integral, dado que las huellas defectuosas de una aún más defectuosa experiencia sexual primaria, constituirán pésimos cimientos para una comprensión psíquica y orgánica.

Durante la edad adulta, la vida sexual se desenvuelve en general con mayor placidez, dado que el hombre alcanza su plena realización económica y por ello puede mantener un hogar u obtener su equivalente. El gran porcentaje de los hombres obtiene una vida sexual constante por medio del matrimonio. Debemos observar, sin embargo, que en un porcentaje muy alto de los casos, en apariencia esto no es suficiente, puesto que se busca en forma ocasional o permanente las relaciones extraconyugales. La extensión extraordinaria de este problema debe residir en forma indudable en causales de tipo psíquico. Hemos afirmado que corrientemente, la estructura básica de la personalidad, en su aspecto sexual, está mal constituida por factores

culturales intrínsecos de nuestra época; los mismos elementos de defectuosa arquitectura personal en el terreno psíquico alteran y envenenan el ambiente en que se desenvuelven dos seres, impidiéndoles un buen ajuste integral. Así pues, durante la edad adulta, la vida sexual alcanza su plena realización en una unión permanente (legal o no), acompañada de uniones ocasionales.

Una pregunta a la cual con regularidad estamos sometidos, es aquella en cuanto a la cantidad y frecuencia normal de los actos sexuales. Es difícil la respuesta, pues depende de infinitos factores como oportunidades de hacerlo, constitución personal, hábitos, tradiciones, etc. En el supuesto de que pudieran obviarse estos factores, podríamos considerar como corriente, más que normal, uno a dos actos sexuales semanales hasta una edad que va de los 35 a 40 años; con posterioridad, los actos sexuales van disminuyendo en frecuencia lenta e imperceptiblemente. Agregaremos que es frecuente la disminución brusca de la potencia sexual con posterioridad a los 45 años, lo que generalmente es transitorio e inducido por factores primordialmente psíquicos, exacerbados por discretos procesos orgánicos. Analicemos un poco este hecho: el hombre al llegar a esta edad se encuentra en general algo agotado desde el punto de vista orgánico, ocurriendo en sí procesos de índole endocrina. Los factores de ambiente le son poco favorables: el prever de la senectud, el transformarse orgánico y psíquico de su cónyuge, la influencia activa y aplastante de los hijos que alcanzan una edad que los hace competidores, etc., son factores que, unidos a los anteriores de índole orgánica, dan como resultado la aparición de elementos neuróticos latentes que proporcionan, no pocas veces, una verdadera impotencia psíquica, de tipo transitorio, con todo lo de trágico que ella tiene. Estos episodios, como hemos dicho, pueden ser fugaces y lo corriente es el apagarse lento y gradual de los impulsos eróticos.

Pasaremos ahora una breve revista a las llamadas desvia-

ciones de la conducta sexual, advirtiendo que en este terreno todo lo imaginable es posible y se ve en la realidad, y afirmando también que la delimitación entre lo normal y lo patológico es en general bastante difícil.

En la primera infancia hemos dicho que los impulsos sexuales se manifiestan por la búsqueda de satisfacción a través del sentido oral y con caracteres muy diversos a las manifestaciones del adulto. Sin embargo, son frecuentes las maniobras masturbatorias, ya sea genitales o extragenitales, que obedecen a factores de curiosidad y se busca el placer por frotamiento con una sensibilidad de tipo sexual difusamente extendida a través de los epitelios. Similarmente, son frecuentes las maniobras francamente masturbatorias de tipo similar a las del adolescente, acompañadas de los correspondientes sentimientos de culpa y ocultamiento. Esto en sí no tiene una gran importancia, pues con el período de represión infantil (aparición de los sentimientos morales) tiende a desaparecer. Es digno de alarma sólo cuando obedezca a un síntoma de otro trastorno de la personalidad (oligofrenia, epilepsia, locura moral o neurosis infantil); recalcamos que es una consecuencia y no una causa. Las actividades de tipo heterosexual dependen de factores ambientales (promiscuidad, ejemplo, etc.) y toman caracteres diversos a los del adulto. Se reducen a caricias, palpaciones exploratorias por curiosidad y no pocas veces maniobras de tipo oral. Tampoco esto tiene una gran importancia en sí, puesto que obedece al despertar de la curiosidad consciente. Lo dañino es la reacción angustiosa de los adultos frente a estos hechos, puesto que es capaz de provocar fijaciones traumáticas de gran importancia para el futuro. Debemos mencionar los jugueteos de tipo homosexual así como las maniobras de tipo erótico con animales que, igual que lo anterior, no tiene trascendencia sino por la reacción que provoca en los adultos. Reiteramos que la persistencia de estos hechos así como la aparición de orgasmos, sólo se encuentra en los casos francamente patológicos.

Durante la segunda infancia y primera parte de la pre-adolescencia, se pasa por el período de la llamada represión infantil, durante la cual todos estos procesos se apagan. Sin embargo, no son infrecuentes manifestaciones de una sexualidad difusa y aún de maniobras de tipo homosexual.

Destacamos que durante la pre-adolescencia, la sexualidad se demuestra bastante indiferenciada y que las manifestaciones de tipo homosexual sublimado son bastante frecuentes, sin que se llegue a una plena realización. Son frecuentes las excitaciones de tipo epitelial difuso por caricias, frotamientos, etc., dentro de los juegos propios de esta edad. Es un período apto para caer en experiencias de tipo homosexual por circunstancias ambientales, las cuales son mucho más frecuentes de lo que podría aparecer. Sin embargo, destacamos el hecho de que este tipo de experiencias no tiene en general importancia para la vida sexual adulta, al menos que aparezca en sujetos con gran carga neurótica o en un ambiente absolutamente funesto.

En nuestro medio, la masturbación aparece durante esta época y la hemos considerado como una etapa normal dentro de la evolución de la sexualidad. Sus límites patológicos son poco definibles, puesto que hasta ahora no está realmente demostrado (como lo afirman las leyendas) que su exacerbación en frecuencia e intensidad provoquen daños orgánicos o psíquicos reales, a no ser por los sentimientos de culpa y consiguientes síntomas neuróticos que por influencia del ambiente acarrearán. Igual que lo afirmado anteriormente, tienen gravedad en cuanto a síntoma de una afección de la personalidad (oligofrenia, epilepsia, etc.).

Durante la adolescencia propiamente tal, la carga de los impulsos sexuales se sublima en el plano intelectual en los medios cultos. En los medios retrasados culturalmente toma caracteres de realización inmediata. Se tiende a la liberación de las prácticas masturbatorias y a la realización sexual ya descrita. Como desviación de la normal, podemos indicar la persistencia exage-

rada de la masturbación. Sin embargo, esto lo expresamos con ciertas limitaciones por las circunstancias antedichas. Las experiencias de tipo homosexual son poco frecuentes en el medio culto y adquieren mayor gravedad que las etapas anteriores, pues la sexualidad tiende a diferenciarse y a provocar fijaciones traumáticas de tipo más consciente. Las experiencias en este sentido, pese a lo que se cree habitualmente, son mucho más frecuentes en los medios poco cultos, sin que en ellos adquiera un carácter de mucha gravedad. Las actuaciones de tipo heterosexual adquieren en las clases bajas caracteres de realización directa; en cambio en los medios cultos toma características de tipo compensatorio en el terreno intelectual-sentimental y de maniobras tipo caricia, para-genital y bi-masturbatorio.

En la juventud y edad adulta, las desviaciones de la normal son claramente identificables: la homosexualidad es mucho más frecuente de lo que parece y hay pruebas concretas de que tiende a aumentar. Los factores propicios para ello son poco explicables desde un punto de vista orgánico; son evidentemente factores psíquicos. Para que un daño orgánico provoque una homosexualidad debe ser tan grosero que esto mismo lo hace excepcional. En cambio los factores de neurotización (y todo homosexual es un neurótico) se hacen día a día más intensos en nuestra vida contemporánea.

En forma apreciable, la homosexualidad del hombre adulto es más frecuente en los medios demasiado refinados y de un alto standard económico y cultural. Por otra parte, las desviaciones en este sentido, son más frecuentes de lo que se cree entre las clases populares. Si bien no lo es tanto en el terreno de la práctica misma, lo es bastante en ciertos momentos, como por ejemplo durante la embriaguez. Debilitado por este factor el control consciente de los actos, se expresan visiblemente las tendencias homosexuales que son por demás corrientes en nuestro medio.

La exageración de elementos de la vida sexual normal,

como sería el masoquismo y el sadismo, se ven con alguna frecuencia constituyendo estados patológicos y permanentes; afirmamos que son elementos normales, puesto que en todo individuo adulto durante las actividades sexuales existe un implícito placer en sufrir y hacer sufrir. No detallaremos más en este sentido, pues son bien conocidas las maniobras para obtener dicho efecto. Estos factores, como elementos aislados y patológicos, se encuentran con frecuencia acompañando trastornos generales de la personalidad como psicosis y neurosis, y las técnicas usadas son de lo más variado y bizarro que es posible imaginar. Las flagelaciones, las mutilaciones, la herida y el martirizarse físico, todo es posible y se ve en la realidad patológica. Claro está que los casos extremos son excepcionales y anecdóticos; pero insistimos en que en estos elementos patológicos se ve exagerada una línea de conducta y tendencias que están dentro de lo normal y que, corrientemente, se expresan en un plano simbólico afectivo-intelectivo o en forma clara en los momentos pasionales.

Merece recalcar la extensión de las manifestaciones eróticas bucales como componentes normales de la actividad sexual del hombre adulto. Hemos dicho que la primera fijación de la libido se hace a través del epitelio bucal. Por ello, no es raro que esta tendencia subsista en forma indeleble dentro de la actividad sexual normal, tanto en un plano concreto como en el terreno simbólico. Las desviaciones de la normal, en el sentido de un exclusivo o preferente erotismo bucal, se ve en algunos casos y constituyen, también como en los citados anteriormente, un acompañante obligado de un trastorno de la personalidad, en especial de la neurosis. Cabe agregar que la masturbación, como componente de la vida sexual del hombre adulto, es excepcional y determinada por factores circunstanciales o por mala estructuración de la personalidad.

Con el lento declinar de la sexualidad normal en el hombre adulto, hemos dicho que se pueden presentar altibajos provo-

cados por factores fundamentalmente psíquicos. No es de ninguna manera raro que en la época del climaterio masculino, puedan revelarse componentes patológicos ocultos, como por ejemplo la masturbación, homosexualidad, exhibicionismo. Se le ha dado un rol de gran importancia a los factores endocrinos; el desgaste o involución de las glándulas testiculares harían aflorar los elementos orgánicos de tipo feminoide existentes en todo hombre adulto. Creemos, sin embargo, por lo que da la realidad clínica, que estos elementos si bien pueden tener influencia, ésta no es la de primer plano. Lo más importante es, con toda evidencia, los trastornos neuróticos que afloran en esta edad por determinantes orgánicos y psíquicos. Se nos podría argüir que nuestros elementos de juicio en cuanto a las variaciones endocrinas son aún muy groseros e imperfectos; estamos de acuerdo con esta objeción. Pero mientras no se demuestre lo contrario, insistiremos en considerar los factores psicógenos como lo más importante en toda clase de desviaciones de la conducta sexual normal.

Por último, nos queda describir la vida sexual en la vejez y senectud. Como se comprende, por la decadencia orgánica propia de esta edad, la vida sexual activa es prácticamente nula. Sin embargo, es por todos conocido el hecho de que la expresión simbólica de las tendencias sexuales se hace por demás intensa. Debido al consiguiente desgaste y atrofia de las capacidades corticales de inhibición, los núcleos subcorticales, y por ende los impulsos instintivos, adquieren mayor pujanza, lo que, en la senectud posible de llamar normal, se revela en una mayor afición por las chanzas o intrigas eróticas, en las caricias exageradas o en una notable disminución de la autocritica. Es lo que el vulgo llama «viejo verde», que es una manifestación corriente y casi diríamos normal de la vida erótica del hombre. Las razones aludidas de déficit orgánico y debilidad del control consciente, hacen que las manifestaciones patológicas, como la masturbación, exhibicionismo, homosexualidad, pederastia e incesto,

sean por demás corrientes en los ancianos. Siempre, si investigamos más a fondo, estos hechos acompañan o son sintomáticos de una afección de la personalidad total, cual es la demencia.

Este esbozo de descripción de la conducta sexual del hombre se nos aparece aún a nosotros mismos como bastante insuficiente, puesto que, como hemos dicho, no se basa en un encuestaje estadístico de seres normales. Sin embargo, podemos justificarnos por las razones aludidas: el ocultamiento prejuicioso es una regla en nuestro medio. Por otra parte, nos arriesgamos a afirmar que en el estadio biológico, o más bien sociológico en que vivimos, no hay límites precisos entre lo normal y lo patológico. Con toda probabilidad, para el investigador del futuro, todas nuestras generaciones aparecerán como enfermas desde el punto de vista psíquico. Y con toda razón, puesto que nosotros conocemos por experiencia los crímenes psicológicos que constantemente y con toda impunidad efectúan en el ser humano las tradiciones, los prejuicios, la vida familiar y la vida social entera. Esto, unido a un clima poco satisfactorio en cuanto a seguridad, serenidad y enfoque científico del psiquismo, dan una resultante de neurosis potencial colectiva que incide con más violencia en el aspecto sexual.